

Dr. Victoriano Otero V. Costa Bogota

**PUBLICACIONES
DE LA CASA LIBERAL**



*Biografía de
Don Mario Arana*

**CONFERENCIA POLITICA, POR EL
DR. VICTORIANO VELEZ**

*el
gran patriota*

**MARIO ARANA, POR
J. B. JARAMILLO MEZA**

COLUMBIA

IMPRENTA DEPARTAMENTAL · MANIZALES



Dr. Alberto Arango Tavera.

Presidente del Directorio Liberal
Departamental y Jefe del Debate
electoral del 5 de mayo.



Dr. Victoriano Vélez

Conferencia del doctor
Victoriano Vélez, dictada
el 13 de abril de 1935,
desde la Radio-difusora
"Ecos de Occidente." : :

Señores Liberales:

Me propongo en esta conferencia demostrar, entre otras cosas, que el partido liberal está estrechamente vinculado, desde el seno mismo de la Independencia, a la historia política y constitucional de Colombia, y que, siendo como es, entraña misma de la nación, a él se deben sus más sólidos cimientos republicanos, sus verdaderos fundamentos sociales, su mayor grado de cultura intelectual, su desarrollo económico, regular y científico y, en una palabra, toda la grandeza patria.

Y me propongo demostrar también que el partido conservador, nacido de un conato de restauración monárquica, no tiene tradición legítima, ni raigambre en la conciencia popular, y que, por sus ruinosos procedimientos administrativos, su criminal manejo de la hacienda pública, su culto a los tiranos y el vejamen constante de las libertades individuales, se ha hecho indigno de regir los destinos del país. Es más: me propongo demostrar que se impone a los hombres del parlamento y del gobierno, la obligación de revisar, modificar y derogar de plano, no sólo ese caos de leyes, ordenanzas, acuerdos y decretos en que se asfixia la nación, sino que, por sobre todo y cueste lo que cueste, hay

qué echar por tierra la constitución del 86, ese vetusto andamiaje, obra infecunda, incoherente y sospechosa, escrita por un fanático humanista, imbuido en las doctrinas escolásticas e impuesta con sangre al pueblo por un converso librepensador.

El partido liberal surgió a la vida política con el advenimiento de la república y con sus primeros actos administrativos. En sus comienzos, como legislador y todavía en el furor de la contienda emancipadora, incorporó a los estatutos que se dieron las provincias rebeldes y a la constitución del nuevo Estado libre, los Derechos del Hombre, consagrados por la Revolución francesa, y una vez la patria en la plenitud de su soberanía constitucional, el partido liberal tomó del liberalismo inglés sus lineamientos generales, y en más de un siglo, con sus transformaciones, sus cambios y sus vicisitudes, lo ha seguido, paso a paso, desde la no intervención manchesteriana, o más propiamente hablando, desde la definición de la tesis del individuo frente al Estado, formulada por Cobden y Ricardo y más tarde mantenida por Gladston Spencer, hasta el gobierno intervencionista o colectivo, del actual momento histórico.

Con Santander, el más grande estadista de América, el partido liberal, consciente ya de su misión y sus destinos, fue grande en lo sucesivo, grande en todas las administraciones a cuyo frente actuó, grande en la adversidad y el ostracismo y grande en esta hora de gracia en que sin solución de continuidad y dejando para juzgarla a su tiempo, la negra mancha de la Regeneración, ha vuelto al poder con los mismos bríos de sus glorias pasadas, con los mismos ideales patrios, con el mismo interés con que impulsó las obras públicas y con la misma fe en la renovación de sus programas de partido y sus conceptos de gobierno.

La constitución de 1821, expedida por el Congreso admirable de Cúcuta, preparó campos vastísimos a las iniciativas liberales, iniciativas que encarnaba el espíritu superior de Santander y que llevó a la práctica en cuanto se puso a la cabeza del gobierno. Al efecto, su primer cuidado fue la enseñanza elemental, la educación del pueblo, analfabeta y sumido en la ignorancia, como convenía al egoísmo colonial, y para ello abrió escuelas en todas las parroquias, estableció en las ciudades principales las escuelas llamadas lancasterianas, de enseñanza secundaria, y dictó el plan general de estudios universitarios, plan de

sorprendentes alcances y de incalculables efectos en todo el curso político y social del siglo último. A ese plan prestaron su concurso y contribuyeron a su desarrollo, los hombres mejor preparados con que contaba entonces la República, muchos de ellos próceres de la magna guerra.

Un profundo sentido práctico, una genial intuición de las ciencias sociales, todavía en embrión, indicó a Santander que era indispensable, a todas luces, modificar la mentalidad que secularmente había creado la Metrópoli en estos dominios coloniales, y en su lugar preparar otra manera de pensar y de sentir en armonía con las nuevas ideas de derecho público y los nuevos conceptos políticos que acababan de conquistarse y que la República debía aclimatar profundamente y arraigar en las generaciones venideras para su estabilización definitiva y eficaz. Con tales propósitos dispuso que se enseñaran en las aulas las doctrinas positivas de Bentham y Tracy, filósofos de renombre universal y muy en boga entre los pensadores contemporáneos.

Preciso es hacer un alto aquí, porque se presenta otro aspecto importante en la administración de Santander, que no se debe olvidar, pues que revela en el ilustre mandatario una faz de gran político y de sagaz hombre de Estado. En su fervoroso afán de renovar todo aquello que los tiempos imponían en el nuevo orden de cosas, suprimió, modificó y aún proscribió cuantas disposiciones habían dejado de ser y con las cuales gobernaban las autoridades coloniales; pero no hizo tabla rasa de todo. Tomó de la legislación de Indias y de las ordenanzas vigentes, lo que bien podía subsistir y tener la indicada aplicación. Tal, por ejemplo, las ordenanzas de minas, oportunas en su día, y tal también, y muy especialmente el Patronato, que fue, a su vez, una conquista obtenida por los Monarcas españoles sobre el poder absoluto de los Papas.

En adelante, las ideas de progreso, los nuevos campos de especulación científica, económica e industrial, y las preocupaciones filosóficas del momento, se revelaron por todas partes. Desde la prensa y la cátedra, desde los modestos bufetes y los estrados judiciales, desde los parlamentos y naturalmente desde las altas esferas oficiales, se lanzaron al debate público cuanto proyecto de reformas, de mejoras, de interés general, forjaba el ingenio local o venía del exterior con ánimo de aclimatarse entre nosotros.

Pero donde más se esmeró el partido liberal fue, sin disputa alguna, en conservar, como cánones sagrados e inviolables, las libertades políticas y civiles, la libertad de prensa y de palabra, la libertad de cultos, la libertad de conciencia, la profesional y de sufragio, no permitiendo que en sus respectivos fueros y en su funcionamiento natural y lícito, se inmiscuyeran los poderes públicos de manera arbitraria o que siquiera intentaran las más insignificantes trabas.

En lo tocante a esta cuestión cabe un indicado paralelo entre los dos partidos, paralelo que es de pura historia más que de otra cosa. Mientras el partido liberal prefirió sacrificar a sus más preclaros jefes, como a Mosquera, antes que consentir el más leve atentado a la constitución y a las leyes, o el más ligero atropello a las garantías individuales, el partido conservador no sólo implantó, con regocijo, y a ciencia y paciencia, la dictadura de Reyes, sino que consintió siempre el despotismo de Ministros intonsos, de Gobernadores ignorantes y de Alcaldes garroteros. No se distinguieron, ni mucho menos, por su cultura y moderación los altos funcionarios conservadores. Pero todavía fue más allá, transpasando hasta los últimos baluartes que impone el decoro y que obliga el patriotismo. Mediante el Concordato y por espacio de medio siglo, el partido conservador puso la conciencia nacional y la jurisdicción civil y política a merced del Pontífice Romano, cuyos poderes divinos y omnímodos, declinó no ya en el clero colombiano, sino en el clero extranjero.

En cambio el partido liberal mantuvo con dignidad la supremacía civil sobre la potestad eclesiástica, rodeó, sin embargo a la Iglesia de todas las garantías y de todo el respeto a que era acreedora, pero no le permitió que se mezclara en los negocios privativos del Estado ni en los asuntos políticos de los ciudadanos. ¡Y los que así procedieron cuando fueron gobierno, son los mismos que hoy, desde la oposición desenfrenada, antipatriótica y torpe, hablan de vejámenes, de atropellos y derroches, cabalmente cuando imperan la justicia en los mandatos, la seguridad en las personas y el control en las tesorerías!

Dos cuestiones de trascendencia indiscutible quiero anotar antes de acometer los problemas que confronta el liberalismo en sus funciones de partido de gobierno. La una toca de lleno con la administración del General José Hi-

lario López, gallarda figura colombiana, digna de la pluma de un Plutarco, a quien correspondió completar la Independencia. No era de pueblos cristianos, no era de gobiernos sensibles a los deberes para con las clases desheredadas, mirar con indiferencia, las ignominias que una filosofía bastarda y calculadora, un residuo bárbaro de viejas edades, había establecido, poniendo al nivel de los brutos a individuos de la especie humana, y mucho menos era de hombres cultivados permitir que la libertad, conseguida entre nosotros con infinitos sacrificios, no abrigara a su sombra bienhechora un sinnúmero de esclavos, con los cuales todavía se comerciaba y a los cuales todavía marcaban con herretes como a bestias de carga. Pues bien; la administración López, administración singularmente liberal, acabó para siempre con esa infame trata y dió al mundo civilizado el espectáculo de una nación en cuyo seno chicos y grandes, ricos y pobres, blancos y negros eran iguales y gozaban de los mismos derechos civiles y políticos. Justo es también, aunque de paso, abonarle a esa administración el levantamiento de la carta geográfica de Colombia, que marcó, tal como ellos eran, los límites precisos del territorio nacional. Y aún más, es de justicia abonarle la institución del juicio por jurado, que en el procedimiento criminal fue un avance de hondas revaluaciones sociales.

La otra cuestión se refiere a la constante y tenaz preocupación del liberalismo por la educación pública, que en todo tiempo y en toda ocasión consignó en sus programas, entre los primeros asuntos que le obligaba plantear y luego ejecutar. Para mayor eficacia en ese empeño, decretó la enseñanza primaria obligatoria y gratuita, matriculó las parvadas de muchachos que erraban sueltos como pájaros traviesos, hizo de la escuela un hogar común, y así pudo verse bajo un mismo techo, delectreando juntos y codeándose, dirigidos por el mismo maestro, al hijo del comerciante acaudalado y al hijo del modesto albañil. ¡Admirable ejemplo de sincera y bien entendida democracia, de confraternidad social y ajeno a los escrúpulos de clase y de color!

Gobernando el liberalismo en otra época, debía darse un nuevo adelanto, de mayores proporciones y de resultados más prácticos, sin lo cual las escuelas elementales no llenaban su misión docente, pues desde un principio se habían resentido de esa laguna en el ramo. Con tal fin, se organizaron las escuelas Normales. El éxito, casi inmediato,

fue incalculable, de tal suerte que ni cuarenta y cinco años de abandono imperdonable de la educación popular, ni treinta años de la vigencia de una ley inquisitorial sobre la materia, que fue lo más que se hizo, y que entabló el régimen de la palmeta y del encierro, como castigos, y de la memoria y del libro, como métodos de enseñanza, ni todo ese larguísimo tiempo, ha bastado para mermar los beneficios de aquella sabia institución.

¡Sorprendente coincidencia! Le ha tocado al gobierno liberal del doctor Alfonso López, por mediación de su Ministro López de Meza, continuar desarrollando un plan de escuelas primarias, con los adelantos modernos, por supuesto, en todas las parroquias, en todos los arrabales, y en todas las veredas, semejante al plan que, un siglo antes, dió al país, sobre el mismo ramo, el General Santander.

Caido el partido liberal en el año de 1886, por el golpe de traición que le asestó Núñez, empezó la decadencia moral y material de la República. Hasta ese funesto día, de mal augurio en lo futuro, había libertad de industrias y las manufacturas nacionales, de calidades superiores, tenían gran demanda en los mercados del interior; había libertad bancaria y de emisión, y en el país funcionaban cuarenta bancos con una circulación anual de ciento sesenta millones de pesos oro o en billetes representativos de la misma moneda. Pero vino el régimen del papel moneda, de curso forzoso, el dogma de los doce millones, impuesto por el padre de la Regeneración; se fundó el Banco nacional, funcionaron, a lance seguido, las litografías, y en breve espacio inundaron de papel la nación, acabaron con las industrias y todo lo precipitaron fatalmente a la ruina.

Igual suerte que los bancos corrieron las obras públicas de grande aliento. El plan de ferrocarriles que trazó y avanzó considerablemente Cisneros, venerable héroe de la libertad y del progreso, la red de telégrafos de bastantes kilómetros, y las carreteras embrionarias, se fueron a pique, y en su lugar, en vez de trabajadores al sol y al agua, se vió en las oficinas del gobierno la plaga de zánganos que, a trueque de votos, cuando no a cambio de delaciones y de intrigas, cobraban nóminas.

Entre los Estados Soberanos que formaban la Unión, estaba, a la cabeza, Antioquia la grande, la legendaria Antioquia del azadón y del hacha, y orgullosa y envalentonada, con justísimo derecho, contaba con un comercio brillan-

te de ilimitado crédito en el exterior, y contaba, asimismo, con catorce bancos de emisión, con cuyo capital, a largos plazos y a ratas moderadas, se descuajaron las inmensas selvas, extendidas desde el río de Arma hasta el río de la Vieja, medio mundo sin exagerar, y esos desmontes se cubrieron muy pronto de ganados, de pastos excelentes y de magníficos cultivos. Vinieron luego los pueblos a colonizar, de seguido, aquellos territorios, pero los paralizó el papel moneda. Y así al fin de todo, Antioquia la grande, la legendaria Antioquia del azadón y del hacha, se vió, por muchos años en la ruina, quedando, de hecho, satisfecha, la venganza que, agazapado, acechaba el fatídico converso del Cabrero.

A la caída del partido liberal desaparecieron los hombres que le habían dado mayor lustre a la República. Decayó la novela, los poetas de inspiración feliz se eclipsaron; la crítica degeneró en panfleto y la historia se arrinconó en las bibliotecas. No tuvieron estímulo. Los textos de enseñanza, los de historia colombiana y de geografía patria, de la lengua y de lectura escolar, escritos por autores nacionales, desaparecieron, y en su reemplazo se adoptaron ciertos textos importados, textos indiferentes a nuestras tradiciones y glorias, textos truncados y rutinarios, con los cuales se adueñaron de la inteligencia y el candor de nuestros niños.

Cuando la ley de minorías, por virtud de una enmienda constitucional en 1910, entró en función, tocó al General Uribe tomar la delantera en las reformas de carácter social, como las de accidentes del trabajo. Otros parlamentarios liberales presentaron el seguro colectivo, el descanso dominical remunerado y la oficina de trabajo, siguiendo en esto las huellas del magnánimo jefe liberal. Fueron leyes, al cabo, leyes reveladoras, pero para lograrlo, hubo necesidad de violentar la constitución, que no daba asidero y que, al contrario, establecía y establece aún, el derecho clásico de la propiedad, con la resistencia de los elementos conservadores de las Cámaras, opuestos a que le variaran una coma siquiera, en ese particular, a su reverenciado Talmud. Innegable es, y es deber del partido recordarlo, a menudo, que al general Uribe se le deben esas generosas conquistas para el proletariado, de hondo sentido social, aunque él propiamente no las hubiera votado todas, porque a nadie se le oculta, que el gran tribuno, pri-

mero que ningún otro político de su tiempo, ya las había incorporado a su famoso Plan de Marzo, asombrosa síntesis de organización interna del partido, que lo preparó para el gobierno, y, como consecuencia natural, para hacerse a él tarde o temprano.

Las cuestiones de índole social, a que se abocó el liberalismo, con deliberada simpatía, requieren, de hoy en adelante, una franca y decisiva solución. Recuérdese que los primeros actos que definieron y acordaron las recientes nacionalidades europeas, Rumania, Checoslovaquia, Polonia, Letonia, fueron los problemas de la tierra. Igual cosa hicieron viejas naciones en camino de renovarse, como España e Italia. Para nosotros la vacilación ya no es posible. Son estos fenómenos realidades de bulto, que el legislador debe mirar de frente y afrontar las consecuencias. El concepto de la propiedad en cuanto hace relación a la utilidad pública manifiesta, reviste dos facetas, la una como se entiende y aplica en la actualidad y como las leyes la definen; y la otra relativa a la propiedad territorial ociosa o mal repartida e improductiva para la economía nacional. A esta última es a la que obliga concretar, hoy por hoy, toda la atención.

La reforma se impone, y para ello es necesario, ante todo, una reforma constitucional que declare el subsuelo ^{patrimonio} nacional, una disposición que se encamine al socialismo de Estado, en su manera más moderna, y como ahora se estila, esto es, hacia un colectivismo de gobierno intervencionista, que dé un nuevo concepto de la propiedad, que fije el límite de la capacidad poseedora del individuo, como parte integrante de un todo; que gradúe la riqueza particular y que enderece el país por caminos no trillados, sin menoscabar el trabajo individual, pero siempre dándole preponderancia a la labor de la colectividad. En este particular, el liberalismo, como partido de gobierno, tendrá que virar un poco de rumbo y marchar de cara al sol.

No se olvide que mientras el partido conservador estuvo en el poder, el hombre del barrio no disfrutó de los beneficios del Estado, ni supo de la significación que tuviera su trabajo en la obra común; pero sí sintió en su condición de colombiano el peso de las leyes que favorecieron al intrigante palaciego, o el contrato ruinoso del Ministro imprevisto, o las concesiones a explotadores extranjeros, verbigracia, ferrocarriles, petroleras, grandes extensiones

mineras en el Chocó, principalmente, sin que mediara en este último caso, el principio de reciprocidad, que es canon sabido de todo el mundo. ¡Y que los que así mutilaron los bienes de la nación, se proclamen ahora defensores de su conservación e integridad! ¡Y que hablen así los que, al apoderarse del gobierno en 1885, no supieron mantener los límites que el liberalismo, en la heroica jornada de Cuaspud, no permitió que transpasaran, ni una pulgada siquiera, los invasores que comandaba García Moreno en 1864!

Aquí tocamos un asunto patriótico de suprema actualidad, que no es posible por ningún motivo, dejar que pase inadvertido, porque él gravita sobre la nación, y porque su solución habrá de dársela el próximo Congreso, de mayoría liberal para ese entonces, ya que la mala fe de unos cuantos descastados, charlatanes de feria, logró por la circunstancia del número, entorpecer y aplazar, únicamente aplazar, por más o menos tiempo. Me refiero al protocolo de Riojaneiro. Si alguna vez ha tenido un pacto internacional, discutido a pleno sol, como este, la aceptación unánime de un pueblo sensato es el protocolo de Río. En la preparación, discusión y presentación, intervinieron eminentes personalidades colombianas, entre ellas las más valiosas unidades de que se gloria el partido conservador, y es sencillamente elemental que la autoridad moral de todos ellos no pueden ponerla en tela de juicio quienes no saben de dignidad ni de honor. En ese pacto, de parte de Colombia, no hubo reservas, no hubo tapujos; todo fue limpio, todo amparado por la honra nacional encarnada en un grupo de fervorosos patriotas, capacitados suficientemente para desempeñar y llevar a término feliz tan delicado encargo.

Y sin embargo, aunque hoy por hoy, no se hubiera aprobado el protocolo, Leticia y el trapecio amazónico del tratado Lozano Salomón, hacen parte integrante del territorio colombiano; en el puerto y en las oficinas públicas ondea la bandera colombiana; las autoridades son colombianas y gobiernan con leyes colombianas; todo está en nuestro poder, todo es nuestro, soberanamente nuestro. En cambio, recuérdese la cobardía con que se dejó quitar de las manos el gobierno conservador el departamento de Panamá; recuérdese y recuérdese con verdadera indignación, que el miserable precio, las treinta y tres monedas de Judas, en que se transó la traición separatista, el precio de

aquella importantísima sección llave del continente americano, se desparramó en proyectos de obras públicas, obras imaginarias que no se comenzaron, pero que sí ocasionaron ingentes sumas únicamente en nóminas, que fueron muchas de ellas al bolsillo voraz del contratista o del usurero insaciable.

Empieza a organizarse, bajo la máscara de asociación patriótica, económica, nacional, una agrupación de ricos honorables, casi todos de Cundinamarca, cuyos propósitos no son otros que eludir y obstaculizar los recientes impuestos, pretendiendo dejar al gobierno con un presupuesto de guerra, en su mínima expresión, para obligarlo así a disolver la tropa y a echarla a la calle en busca de trabajo. Naturalmente el mismo obstáculo afecta las obras públicas que ayudan al obrero y de que viven, en parte, las provincias.

Pero la asociación de capitalistas, timoneada por un político menor, inconsecuente y de ocasión, no progresará, ni mucho menos, porque tratándose de modificar la distribución de los tributos de manera racional y equitativa, de tal suerte que únicamente paguen los que tienen con qué hacerlo, intentar entorpecer ese paso, que se encamina a un nuevo concepto tributario, es atentar contra el Estado mismo, tanto más cuanto todavía nuestras relaciones con el Perú siempre son delicadas, y aflojar los resortes del patriotismo y debilitar la fuerza militar, es casi un acto de traición. No progresará, pues, la asociación de potentados, como no progresarán tampoco las tendencias contrapuestas a las de los conjurados sabaneros.

Se ha dicho con acertada apropiación de la palabra, que el triunfo de Olaya Herrera en 1930, fue un momento providencial para Colombia. Y no podía ser de otro modo, porque, corrompido y descompuesto el partido conservador, su continuación en el poder habría sido irremediablemente la disolución de la República. Este doloroso presentimiento estaba en todas las conciencias. Pero un instante de cordura, le cambió el destino a la patria; las cosas, virando de rumbo, se pusieron en su puesto, es decir, que al ejército que había mal organizado y falto de equipos, hoy podemos oponerle un ejército brillante y bien dotado, con una magnífica escuadra aérea, que antes ni siquiera se maliciaba; que a los fragmentos de carreteras, tan costosos cuanto abandonados, hoy podemos presentarles carreteras

en servicio a los cuatro puntos cardinales, sin mayor recargo en costo; a los viejos edificios, desvencijados o caídos, hoy podemos oponerles elegantes construcciones para el público; la mujer, por fin, ha entrado a gozar de la plenitud de sus derechos civiles, lo que nunca hubiera hecho el partido conservador. Y algo más: ha quedado resuelta, en gran parte, la crisis y allanado el problema de los sin trabajo, asunto que los conservadores habrían solucionado, como solucionaron, en las playas del Caribe, el conflicto de las memorables bananeras....

La República ayer con un pie en el abismo y hoy la República grande y grande entre las más del Continente, se yergue altiva, como en sus mejores días, jalando sus etapas, más gloriosas mientras más lejanas, con los nombres de quienes en todo tiempo, aciago o bonancible, hicieron del suelo colombiano una patria común y no un simple patrimonio de familia.

El Presidente López en sus recientes conferencias, que en ese género son obras maestras de un verdadero estadista, le ha despejado al país y particularmente al liberalismo, un campo de vastas proporciones donde espaciar todas sus actividades de renovación política, administrativa y financiera. En las asambleas que se avencinan y en las Cámaras que se acercan y que serán de mayorías liberales y se compondrán de nuestros hombres mejor calificados, se plantearán y se llevarán a cabo las reformas que el ilustre Presidente viene formulando. Entre las primeras estará la reforma tributaria, con este postulado como base: que las contribuciones deben pagarlas quienes tienen con qué pagarlas; es decir, que la justicia y la equidad, han de prevalecer, ante todo, en la reforma. Las tarifas aduaneras, ¿deben conservarse como impuestos indirectos, o solamente con carácter proteccionista? El impuesto progresivo sobre la renta y el plusvalía darán qué hacer a nuestros legisladores, pero serán los puntos mayúsculos de las transformaciones que se anhelan.

El sistema bancario que hoy impera, el banco único emisor, su centralización tan rígida en la capital de la República, la conveniencia de soltarle a las provincias más capital bancario y darles más libertad en sus operaciones, la total independencia, es cuestión que los legisladores afrontarán entre sus primeros y más importantes proyectos. Hay que llevar los dineros comerciales a todos los rincos-

nes del país, para que se muevan y facunden como las lluvias benéficas.

El código de minas es preciso reformarlo de manera que el mineral precioso, el de veta y de aluvión, esté al alcance del simple barequero, y que se fomente la explotación, en grande o en pequeño, por medio de los bancos oficiales. Que se funden plantas metalúrgicas y se establezcan cátedras de enseñanza industrial y se le abra paso al estudio de nuestras riquezas naturales, ignoradas con ignorancia criminal. Pero es entendido que en toda reforma que se proyecte sobre esta materia, ha de tenerse en cuenta el subsuelo como patrimonio nacional y legislar con tal criterio.

El código penal, que todavía con cuarenta años de su promulgación y su vigencia, cuando todo en el mundo ha sido retocado de uno u otro modo, rige en esta tierra bendita con el rigor de la vindicta pública, fórmula sacramental de la edad media, o con la terrible ley del tallón, ojo por ojo, diente por diente, de la legislación mosaica, y rige sin la más ligera modificación que atenúe el espíritu draconiano que se esconde en ese código sombrío. Pero la reforma no sería completa si a las penitenciarias y las cárceles, es decir al régimen interno con que se dirigen y a los edificios mismos donde se recluyen los penados, no les cambieren el carácter de lugares de castigo dantescos que ellas tienen, por lugares y reglamentos de educación, preparación para el trabajo y de enmienda social, de manera que el Estado de un delincuente cualquiera que recibió de la calle, inútil, sin oficio ni beneficio, o tarado por leyes naturales, devuelva a la sociedad, ya corregido, un individuo útil, preparado para las luchas de la vida, o curado cuando fuere el caso.

Y como los códigos que, de paso, he mencionado y que piden perentoriamente la reforma, es de urgencia emprender la revisión, la aclaración, la derogación, según las circunstancias, de ese maremagnum de leyes, de ordenanzas, de acuerdos y decretos que entorpecen la marcha administrativa y que hacen nugatorios los derechos de los asociados, maremagnum, por cierto, erizado de púas que los conservadores compusieron así, con segundas intenciones, y, que, por la ironía de las cosas, fácilmente pueden volverse contra ellos. Para acometer semejante empresa, el futuro legislador debe obrar sin miramientos ni tímideces: la ho-

ra de los hombres atrevidos y resueltos, ha sonado y es preciso aprovecharla.

En fin, señores liberales, somos partido de gobierno y estamos obligados a prestarle incondicionalmente todo apoyo, sin reservas ni distingos, porque al gobierno le están encomendados graves y múltiples problemas, en estos momentos difíciles, y no es de ciudadanos serios y de liberales decididos y firmes, restarle el más mínimo contingente. Somos partido colectivo de gobierno, en el sentido moderno del vocablo, y debemos deponer en su favor y en su interés, los viejos principios individualistas, tutelares, que si fueron las fuentes primitivas y sagradas del liberalismo, hoy el siglo, con la fatildad de los hechos cumplidos, nos ha impuesto el lema aquel de renovarse o morir.

Las elecciones se aproximan y el triunfo irrevocablemente es de nosotros; tenemos el número, la razón y el derecho, la fuerza moral y la legal. Las últimas convulsiones, los postreros estertores de los adversarios, revelados en palabras agresivas y en hechos de violencia, son la consecuencia natural de su impotencia, de los vicios y resabios que adquirieron y que no supieron corregir, de la concupiscencia y de los infinitos males que causaron a la patria, cuando fueron gobierno, y que no deben asustarnos. Ya nos pondremos en guardia.

A triunfar, liberales, a triunfar por la centésima vez.





Dn. J. B. Jaramillo Meza.



Dn. Mario Arana



CAUDILLOS DE OCCIDENTE

I

MARIO ARANA

Evocación.

Uno de mis abuelos, que militó con entusiasmos en viejas guerras civiles, y que solía relatar a sus nietos con frases emocionadas aventuras y hazañas de aquellos tiempos infortunados para la república, me hizo conocer el nombre de Mario Arana, en tardes memoriosas de la casona familiar, a la sombra de los árboles que ennoblecían el huerto y proyectaban frescura sobre los anchos corredores.

Lo había conocido íntimamente, con todos sus sentimientos generosos, con todos sus ardores juveniles, con todo su fervor democrático. Por eso, al recordarlo al través de los años, lo hacía con unción de amistad, con palabras un poco trémulas de emoción, que los nietos oían en silencio.

Así aprendí a querer a Mario Arana desde mi juventud más remota. Andando la vida y los tiempos, hombre ya, vine a Manizales hace diez y nueve años. Y es inútil decir que al día siguiente de mi llegada fui a conocer personalmente a aquel gran viejo.

La visita.

Mi primera visita se redujo sencillamente a una conversación protocolaria. Don Mario, correctísimamente vestido, con su clásica gorra sobre los cabellos nevados, gallardísimo entre los pliegues de su capa española, me recibió con la hidalguía de un castellano de otras épocas.

Sencillo, afable, conversador magnífico, Don Mario, en aquel escenario familiar, entre sus muebles chapados a la antigua, daba la impresión de una figura del Greco, una de esas nobles figuras de retablo, austeras y graves, que se ven una vez y no se olvidan nunca.

En su casa, soleada y alegre, se imponían con rotundos colores matas numerosas de flores encendidas, que contrastaban con la sobriedad de la mansión. Entre aquellas viejas paredes que decoraban cuadros de otro tiempo, se erguía Don Mario, admirable de energía juvenil a pesar de sus años.

Hizo durante mi visita evocaciones lejanas. De Cartago, la villa del Mariscal, de sus padres y del ambiente de su infancia, de su juventud batalladora que ardió por largos años en fuegos democráticos, de sus agitaciones revolucionarias en tiempos de tormentas políticas, de sus compañeros de guerra, César Conto, Gaitán Obeso, Dámaso Zapata, Jorge Isaacs, de sus luchas parlamentarias y periodísticas contra la regeneración. Al calor de las evocaciones, su figura se transformaba. Erguido y severo, era entonces el Apóstol de una causa política que había defendido con coraje toda una vida; y con frases robustas y violentas hacía el elogio de las ideas liberales y del programa de gobierno del partido que luchaba en vano, tantos años hacía, contra las opresiones, contra las dictaduras, contra un acervo de males que afrentaban la república.

Aquel hombre, en aquel día, me dió a mí la impresión definitiva de un Profeta que erguía, como un látigo, la voz del anatema sobre las podredumbres babilónicas.

Me ofreció su amistad y sus libros de ciencia, cosas preciadas que no me faltaron nunca, hasta su hora postrema. Y me despedí de aquel anciano que tenía recios impetus de mocedad.

Había comprendido el por qué uno de mis mayores me había hablado en mi primera juventud, con emoción y cariño, de su amigo de viejos tiempos de guerra.

El hombre.

Don Mario Arana nació en la ciudad de Cartago, en el año de 1850, en un hogar de austeridad ejemplar que presidían figuras venerables como Don Ramón Arana y Doña

María Martínez. Don Ramón, sobresaliente ingeniero pa-
yanés, ocupó significadas posiciones oficiales, entre ellas el
Consulado de Colombia en Bruselas y fue uno de los con-
vencionistas de Rionegro.

Sus padres guiaron con afecto y con esmero la infancia
y la juventud de Don Mario. Sus estudios fueron relativa-
mente deficientes, como todos los que se hacían en aque-
llas épocas en ciudades de provincia, impropicias para to-
da clase de esfuerzos intelectuales. La preparación que ob-
tuvo más tarde en la vida, en humanidades y cuestiones
científicas, se la debió a sí mismo. Fue un autodidacta, co-
mo la mayoría de los colombianos, pues sólo así se forman
culturas más o menos auténticas en un ambiente en don-
de la educación ha adolecido de incalculables defectos.

A Manizales vino por primera vez en 1877, en plena
juventud heroica, con una herida en una pierna a causa
de un balazo de guerrillero conservador. Fue asilado en ca-
sa de Doña Emilia Ruiz de Hurtado, con una de cuyas hijas,
Doña Elisa, contrajo matrimonio civil y religioso en esta
ciudad en 1878. Doña Elisa fue por largos lustros su com-
pañera dilectísima, su amiga inseparable, su animadora
constante.

Vivió en Manizales por espacio de cincuenta años, con
ligeros paréntesis a causa de sus actividades revoluciona-
rias, de sus labores de parlamento y de sus luchas perio-
dísticas.

Los detalles íntimos de su vida de hogar son los de un
verdadero patriarca. Su esposa y sus descendientes disfru-
taron de sus hondísimos afectos familiares que sólo se ex-
tinguieron con la muerte.

Una de sus delicias hogareñas consistía en el cultivo
de su jardín. Y cuán bellas azaleas cultivaban sus ma-
nos! Cuando murió Don Mario, todas las matas florecie-
ron para su féretro. Y aún continúan florecidas como si el
espíritu del viejo jardinero vigilara su florecencia. Como
ciudadano fue el tipo perfecto del caballero sin tacha, co-
rrecto hasta en las menores trivialidades, siempre pulcra-
mente vestido, amable, generoso, benévolo. Nunca apuró
una copa de licor; con absoluta puntualidad pagaba, per-
sonalmente, los impuestos y las contribuciones porque lo
consideraba un deber de patriotismo; practicó la caridad
sin ostentación; indiferente a los placeres mundanos, ja-
más perdió una hora en diversiones ilícitas. Siempre re-

concentrado en sí mismo como los filósofos, al caer de la tarde se recogía en su aposento. Muy al alba aquel gran viejo ya estaba en pié, listo a practicar cada día una virtud ciudadana. A mañana y tarde se le veía inconfundiblemente en sus paseos habituales, de manera especial en el Parque del Observatorio, desde donde solía admirar con fervor los paisajes maravillosos que en esa cumbre se despliegan ante la vista, hacia los nevados que sonrosa el poniente, hacia las hondonadas verdeoscuras que se prolongan al río Cauca, hacia los horizontes lejanos de perspectivas subyugantes.

Fue Alcalde de Manizales y Prefecto de la Provincia del Sur durante la dominación liberal anterior a la evolución política de Núñez. En esas posiciones cumplió con su deber, según su criterio y su conciencia.

Nunca quiso aceptar puestos públicos a los gobiernos de la regeneración, a pesar de su pobreza evangélica. Prefirió vivir en la mayor modestia, pero con su decoro personal en alto, como un estandarte.

El revolucionario.

Don Mario Arana fue siempre un revolucionario. Desde su primera juventud fue soldado en las guerras que hizo el liberalismo a los gobiernos conservadores. De Cartago salió como abanderado en un batallón de jóvenes liberales. Su ardencia era ejemplar, su valor a toda prueba, su coraje sin desmayos. Como buen soldado, marchó siempre empujoso tras la bandera roja de sus más hondas convicciones. Todo lo dejó atrás, hogar, afectos, aspiraciones, por acudir el primero a la cita de los clarines guerreros que hacían sonar por sierras y hondonadas los cornetas de la vieja guardia. Adelante siempre, con los más braves, se le vió en los campos de muerte. Y fue heroico en La Humareda, con Fortunato Bernal, con Gaitán Obeso, con Siervo Sarmiento. Allí fue ascendido a General.

Fue revolucionario en la tribuna, en el periódico, en el parlamento. Al lado de Fidel Cano libró más de una batalla y recibió impasible censuras eclesiásticas. Sus artículos de periódico fustigaron sin piedad las impudicas regeneradoras. De aquel tiempo se conservan aún espléndidos artí-

culos. IRAMO fue su pseudónimo en los periódicos de combate.

En la última guerra civil Don Mario fue encarcelado en Matuzales y conducido a Bogotá, porque sus arengas infundían temor a los áulicos del Gobierno.

Sus oraciones políticas en la tribuna, en las asambleas y en las cámaras, herían como flechas de acerada punta, siempre sincero, siempre leal a su causa, siempre honrado y justo, devoto ferviente de la democracia, enamorado de la libertad en épocas de opresión, anhelante de justicia en tiempos ignominiosos.

El apóstol político.

Don Mario Arana tuvo siempre constitución espiritual de Apóstol. Sesenta años ejerció esta virtud con desinterés sin ejemplo. Donde quiera que consideraba útil su presencia, allí estaba al punto prodigando consejos como reales dádivas. Su voz de aliento, como un impulso prodigioso, no le faltó jamás a quién consideró que merecía estímulos. A sus frases generosas, a sus palabras animadoras, deben su obra y su nombre, entre nosotros, más de un pintor, más de un poeta, más de un literato, más de un periodista, más de un enamorado de la Belleza y de las Artes. Y tuvo siempre el dón del consejo acertado. Jamás falló en sus vaticinios, jamás erró en sus cálculos políticos. Fue un vidente y en sus labios la voz ardía con fuegos de admonición. Fue un predicador laico y con coraje sin igual defendió sus ideas y los hombres de su partido.

Era de verse aquel anciano en horas intranquilas para la república, en el ardor de las luchas eleccionarias, en tiempos de dictadura o de afrentas a la patria. Don Mario tomaba entonces proporciones gigantescas. Se erguía ante sus oyentes desafiador y magnífico, como un profeta poseído de cólera sagrada. Sus ojos, dilatados a impulsos de la ira patriótica, ardían como ascuas; su voz, en agitados impetus, como un cobre de guerra subía en recios timbres; sus brazos, como ramas de encina, y sus manos, que se alzaban firmes sobre los auditorios atentos, rubricaban en el aire sus palabras ardientes; todo él, como un haz crujiendo de nervios, imponía respeto, admiración, temor. Era el caudillo de mejores tiempos, que resurgía de pronto, a a-

rengar a los soldados de la libertad, listos a tomar la trinchera enemiga a sangre y fuego; era el guerrero de antaño que imponía su voz de mando, era el revolucionario de siempre que lanzaba anatemas frente a los fueses adversarios.

Donde se cometía una injusticia, era el primero en llegar con la protesta encendida; donde surgía un peligro, estaba él adelante de todos a conjurarlo; donde se requería un ánimo varonil, llegaba a la vanguardia; donde era preciso hacer valer un derecho, el de Don Mario era el más enérgico de los reclamos. Siempre erguido en su carácter, siempre seguro y confiado en el triunfo de sus ideas que llegarían a imponerse en la república para bien de los colombianos.

Desde su juventud hasta su muerte Don Mario fue un Apóstol de la Libertad.

Sus creencias.

Don Mario Arana no fue nunca católico; pero siempre supo respetar, como hombre superior, las creencias de los demás.

Desde sus primeros años se dió a la lectura apasionante de los filósofos negativos. En su biblioteca se enfilaban los volúmenes inquietantes, los tremendos volúmenes que esconden en sus páginas amargos zumos de negación implacable. Libros raros y sombríos, libros de lomos oscuros con letras al rojo vivo, libros de todas las épocas... Allí Voltaire, Spencer, Haeckel, Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Juan Jacobo, tantos más.....

Primero, el espiritismo. Su inteligencia lo indagaba todo. Asistió a algunas sesiones espiritistas, con amigos devotos y firmes en su convicción. Don Mario comprendió que en el fondo de aquella doctrina no estaba la verdad, la suprema verdad que él quería poseer.

De aquella época de ensayos refería Don Mario admirables anécdotas. Una de ellas la siguiente: se verificaba una sesión de gala en un centro espírita. Se pretendía invocar el espíritu de Tomás Cipriano de Mosquera. El salón, al apagar las luces, quedó en profunda oscuridad. Los asistentes estaban inquietos, sobrecogidos ante el más allá. La medium, en trance, empezó a mover los labios, a pronunciar palabras desconocidas, a escribir extraños signos. Una luz grave, entre azulada y cárdena, inundó el a-

posento. Los convidados, en silencio de muerte, oían y miraban. Algo frío y fantástico flotaba en el ambiente. Y así se deslizaron los minutos. Cuando terminó la sesión, uno de los asistentes agitó en sus manos un papel con signos intraducibles. Ninguno pudo descifrarlos. Días y días indagaron. Nadie conocía aquel idioma. Un extranjero del Asia Menor que pasó por estos riscos incidentalmente, les descifró el enigma. Aquellos signos eran signos persas. Y el espíritu que los había dictado era el de Zoroastro. Don Mario no creyó nunca más en el espiritismo desde aquella ocasión.

Sus lecturas lo llevaron luego al materialismo. Y fue materialista un tiempo; pero Don Mario no se sentía satisfecho dentro de aquellas doctrinas filosóficas y solía meditar en el absurdo de que las cosas materiales e inateriales se convirtieran en polvo, en nada, sin que una huella, siquiera leve, dijera al mundo, al declinar de la vida, del paso del hombre sobre la tierra. No. Don Mario presentía que no era esa la realidad final y ansiaba comprender el misterio, aclarar el nublado impenetrable.

En la época de Núñez, cuando la regeneración batía a lo ancho de la república sus estandartes sombríos, Don Mario, como representante al congreso, permaneció un tiempo en la capital del país. Su curiosidad intelectual lo hizo ingresar a una Logia Masónica. Creía él que desde aquella institución, y apoyado por fuerzas mayores, podría combatir a Núñez y luchar contra las doctrinas regeneradoras. Era Venerable de la Logia PROPAGADORES DE LA LUZ el Dr. José Francisco Insignares Sierra, significado personaje del conservatismo, por demás ortodoxo. Don Mario, desde un principio, comprendió que no era posible la lucha política que ambicionaba porque lo impedían determinados principios. Y se retiró definitivamente de la institución.

En sus últimos años se refugió en la Teosofía. Su biblioteca teosófica era quizá una de las más completas del país. La lectura meditada de esos viejos folios, de esos libros abstrusos, que él explicaba sabiamente a sus amigos en horas inolvidables, llevó al espíritu de Don Mario absoluto reposo, perfecta tranquilidad. Llegó a compenetrarse profundamente con aquello que él estimaba la verdad única. Y así hasta sus días postreros.

Don Mario Arana solía dialogar largamente con Monseñor Gregorio Nacianceno Hoyos sobre cuestiones difi-

les relacionadas con la vida del hombre sobre la tierra y con su destino más allá del sepulcro. Monseñor Hoyos le oía siempre complacido, porque Don Mario, con su inteligencia brillantísima y sus exposiciones respetuosas, pero sinceras y francas, interrogaba al Prelado o procuraba comprobarle la verdad de sus convicciones filosóficas. Fueron amigos dilectísimos de muchos años y muy cordial la estimación que se profesaron siempre.

Su amistad.

Durante toda su vida Don Mario supo rendirle un culto sagrado a la amistad. Su lealtad fue absoluta, sus afectos inmutables, su cordialidad un dón escaso. Sus amigos, por eso, han hecho un rito de su recuerdo.

A mí me distinguió por muchos años con su aprecio y su confianza. Primero, en mis actividades literarias, Don Mario fue un comentador diario de las páginas que daba a la publicidad. Todo lo leía, nada para él pasaba desapercibido. Gozaba de una envidiable memoria y solía recitarme canciones de tiempos lejanos, con admirable entonación. En su album conservaba una elegía que escribí hace veinte años a la memoria de Uribe Uribe y se complacía en recitármela con frecuencia, lo mismo que algunos de mis POEMAS REVOLUCIONARIOS.

Años después, durante mis luchas periodísticas en pró de las reivindicaciones sociales, durante aquellos días de contienda política en defensa de los fueros democráticos, en todos los momentos de peligro -porque entonces sí era peligroso disparar desde la barricada contra un gobierno dominante y soberbio- Don Mario visitaba mis oficinas diariamente, hacía exposiciones y comentarios, daba consejos acertados, dilucidaba todos los problemas políticos y administrativos, renovaba mis ímpetus en momentos difíciles, estimulaba la lucha con palabras proféticas y con firmeza y convencimiento de apóstol dirigía la vanguardia juvenil en la asperísima brega.

Inolvidables veladas aquellas en que Don Mario refería episodios de juventud, anécdotas de viejas guerras. Nunca podré olvidar sus descripciones de campaña, sus impresiones personales sobre grandes figuras de Colombia. Sabía matizar sus conversaciones para hacerlas amenas, y, se-

gún la narración, acudían a sus labios las palabras precisas para dar una idea completa del momento o del personaje que describía.

Era un conversador inimitable y un narrador afortunado.

Postrimerías.

Y así, con el aprecio popular y el respeto de todos, llegó a las postrimerías de su existencia sobre el mundo a aquel gran viejo que enalteció estas montañas.

Su fuerte contextura de varón se doblegó por la primera vez al ímpetu demoledor de la muerte. Su agonía, suave y lenta, se tradujo en un sentimiento unánime y su fin causó una sincera y profunda consternación en Manizales.

Hasta su instante postrero, hasta sus últimas palabras, habló de sus ideas y de su partido. Se despidió conmovido de sus familiares y de sus amigos y se reclinó para siempre en el silencio acogedor que no termina nunca, el día seis de octubre de 1932, al empezar la tarde, en su casita de la Carrera 14.

Su cadáver, en la Cámara ardiente del paraninfo del Palacio Municipal, recibió un homenaje de lágrimas y suspiros de honda sinceridad y cayó sobre su féretro una ofrenda floral incomparable.

A las puertas de la mansión apacible donde vigilan, como centinelas insomnes los padres y los abuelos que fundaron esta ciudad, gallardos oradores hicieron el elogio ferviente del gran muerto. Y se quedó solo, por la primera vez Don Mario Arana, en el nicho de piedra, inmóvil y en silencio por la primera vez.

Invocación.

¡Oh, claro espíritu purificado que sigues animando desde alturas invisibles la lucha cruenta por los ideales que te fueron tan caros! ¡Oh, noble espíritu que confortas y vivificas el ánimo de tus fieles soldados para las grandes contiendas de la democracia, mi mensaje de hoy te lleva una alegría imperecedera, la alegría que esperaste a todas

las horas, a lo largo de tu viaje por los senderos de la tierra: hoy gobierna la república el partido que inspiró tus sueños, la idea política que cultivaste como una flor enrojecida en lo más íntimo de tu conciencia, la idea política que sembraste, con entusiasmo y con fe de sembrador, en la conciencia de las multitudes! ¡Oh, General! La ciudadela adversaria se rindió al empuje victorioso de las falanges democráticas y en las cimas augustas del Capitolio Nacional flota libre a los vientos la bandera sagrada que simboliza los ideales fulgentes, las esperanzas de promisión, los ensueños que iluminan los horizontes futuros, la gallarda bandera que resume los eternos amores a la patria, la piedad por los humildes que han laborado en silencio, el consuelo para los desvalidos que han sangrado y padecido sobre los surcos humanos, la dádiva generosa para los infortunados, la gota de agua y el pedazo de pan para los caminantes sin reposo; la bandera de tus hondos cariños, de tus hondos anhelos, la misma que defendiste a fuego y sangre en tu juventud, la misma que adoraste con emoción incontenible, la misma que cayó sobre tu féretro para glorificarlo con sus vivos colores, la bandera que vigila, enastada y gloriosa, las cunas y los sepulcros!

J. B. Jaramillo Meza.

Manizales, abril de 1935.

(Leída en la Casa Liberal de esta ciudad, en la noche del martes 30 de abril último).